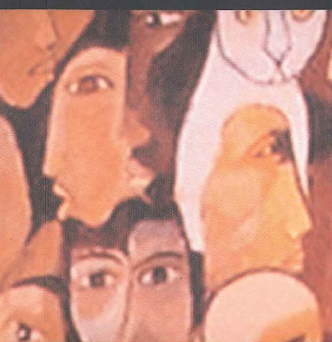




Estudios Teóricos en Psicoanálisis



Re-vuelta psicoanalítica

Max Hernández / Moisés Lemlij

Editores



Capítulo 2



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ. 90 AÑOS

Maestría en Estudios Teóricos en Psicoanálisis de la Pontificia Universidad Católica del Perú

Comité editorial

Roxana Navarro

Pilar Ortiz de Zevallos

Comisión científica

Jorge Bruce

Augusto Escribens

Marcos Herrera

Joelle Hüllebroeck

Jorge Kantor

Carla Mantilla

Luis Millones

Francisco Otero

César Pezo

María del Carmen Ramos

Re-vuelta psicoanalítica

Primera edición: febrero de 2007

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2007

Plaza Francia 1164, Lima 1 - Perú

Teléfonos: (51 1) 626-6140, 626-6152

Fax: (51 1) 626-6156

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones/fondo_ed/

Corrección de estilo: Rosa Díaz S., Luis Andrade

Traducción al inglés de los resúmenes: Rosario de Cárdenas

Diseño de cubierta e interiores: Juan Carlos García Miguel

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio y bajo cualquier modalidad, sin la autorización previa y escrita del editor, excepto citas, siempre que se mencione su procedencia.

ISBN 9972-42-785-4

Hecho el depósito legal 2006-10922 en la Biblioteca Nacional del Perú

Impreso en el Perú - Printed in Peru

La sexualidad en las sociedades contemporáneas: megaoferta sexual, megaoferta teórica

Doris Argumedo Bustinza*

Este ensayo analiza la importancia de la sexualidad como factor determinante en la estructuración del psiquismo en la cultura contemporánea. Si en sus orígenes el psicoanálisis definió la sexualidad como intrínsecamente conflictiva dada la prohibición de gozar, la autora se pregunta si nuestra sociedad, autodenominada liberadora y productora de múltiples objetos de consumo sexual (*megaoferta sexual*), pondrá fin a este núcleo antagonico de lo pulsional permitiendo la satisfacción completa. Ello la lleva a cuestionar la definición clásica de sexualidad y a considerar el pluralismo de perspectivas teóricas psicoanalíticas (*megaoferta teórica*) como una variedad de simbolismos que procuran aprehender nuevos aspectos incognoscibles de la sexualidad.

Palabras clave: sexualidad, cultura, megaoferta teórica, megaoferta sexual.

*

The actual importance of sexuality as a determining factor of psychic structuring in contemporary culture is analyzed. In its origins psychoanalysis defined sexuality as intrinsically conflict-laden because of the interdiction of pleasure. Now we inquire ourselves about the capacity of our society, defined in terms of liberalism and as producer of multiple objects to be consumed (mega sexual supply), to conclude this antagonistic core permitting a total instinctual satisfaction. The questioning of the classic definition of sexuality and the plural theoretical perspectives (mega theoretical supply) are considered as a variety of symbolic proposals directed towards the apprehension of new and unknowable aspects of sexuality.

Key words: sexuality, culture, mega sexual supply, mega theoretical supply.

* Psicoterapeuta egresada de la Escuela del Centro de Psicoterapia Psicoanalítica de Lima. Licenciada en Psicología Clínica por la PUCP. Egresada de la Maestría Estudios Teóricos en Psicoanálisis de la PUCP. Coordinadora académica y profesora de la Sección de Psicología, Departamento de Humanidades de la PUCP. Correo electrónico: <dargume@pucp.edu.pe>.

Hace más de cien años surgió el psicoanálisis como respuesta a las interrogantes que el cambio de siglo impuso a los hombres de su tiempo. Sus orígenes suponen la instalación de la escucha y la palabra. Nace, entonces, a decir de Panceira (1997), como diálogo, y cien años después, continúa siéndolo en una época en la que se privilegia el monólogo y se desatiende la escucha. En este contexto, la dificultad para registrar la vida interior y centrar en ella la existencia, dándole profundidad y espesor, puede ser una de las razones de la crisis del psicoanálisis como práctica:

en un mundo donde nadie escucha, el psicoanálisis es subversivo, obliga a escuchar y a escucharse, obliga a darse razones acerca de lo que se hace y obliga a comprobar con dolor la fuente inconsciente de tantas conductas y actitudes, lo que lastima nuestra omnipotencia (Panceira 1997: 17).

A fines del siglo XIX, el psicoanálisis rescató el valor de la sexualidad y su importancia en la etiología de las neurosis. A inicios del nuevo milenio, cuando, al parecer, no es el sexo lo que escandaliza sino la intimidad, el compromiso y la coherencia, cuando lo que está negado es el diálogo y la posibilidad de acoger dentro de uno el discurso del otro, el psicoanálisis privilegia el rescatar al hombre de esta enajenación, volviendo a abrir los espacios mentales indispensables para arrancarlo de ese universo de huida (Panceira 1997).

Si lo sexual de hoy dejó de ser lo que era en los tiempos de Freud, vale la pena preguntarse sobre su importancia actual como factor determinante en la estructuración del psiquismo y su impacto en la evolución de la cultura contemporánea. Al respecto, Verhaeghe nos recuerda la existencia de un tema recurrente a lo largo de la historia de la civilización: «Se trata siempre de poder, sexualidad y muerte» (Verhaeghe 2001: 12).

Al parecer, esta trilogía ha sido imaginada, representada y simbolizada desde el inicio de la civilización. Desde entonces, la sexualidad constituye la encrucijada en la que el poder y la muerte se encuentran: «Ningún poder más absoluto que el que da acceso a la inmortalidad, poder que se instaura además entre los dos sexos, entre el hombre y la mujer» (Verhaeghe 2001: 12).

Si bien esta sexualidad puede parecer de poca relevancia pública, ya que en un principio es de índole privada, se ha proyectado siempre en el dominio público al

punto que cada contexto cultural ha prescrito un sistema de reglas que reparte el poder y el placer. En particular en la cultura occidental, las prescripciones han recaído fundamentalmente sobre la mujer y el erotismo, y han sido organizadas primero alrededor de la tradición e ideología judeocristianas para luego ceder su lugar —a partir de los años sesenta— al hombre de blanco y a la *liberadora e iluminada* ciencia.

No existe duda de que, a consecuencia de los avances producto de los descubrimientos en biología, la sexualidad ha conocido en este último medio siglo modificaciones significativas. Así, la anticoncepción revolucionó la práctica sexual y la manera en que vivían las relaciones los hombres y las mujeres al margen de cualquier incidencia patológica. Por otro lado, por primera vez en la historia, las mujeres exigieron la igualdad con el hombre. Se originó, entonces, un reordenamiento emocional en el que las mujeres —mujeres ordinarias en sus vidas cotidianas, así como grupos feministas— protagonizaron como vanguardia cambios de enorme importancia.

Giddens (1992) nos habla, precisamente, de la emergencia de una *sexualidad plástica y emancipadora*, implícita tanto en una relación de igualdad sexual y emocional como en la reivindicación del placer sexual por parte de las mujeres; una sexualidad descentrada, liberada de las necesidades de la reproducción. Ello supone connotaciones explosivas respecto de las formas preexistentes de las relaciones de poder entre los diversos papeles sexuales establecidos, al mismo tiempo que libera —en principio— la sexualidad de la hegemonía fálica, del desmedido predominio de la experiencia sexual masculina.

El amor romántico queda, entonces, desacreditado por haber contribuido a poner a la mujer en «su sitio», la casa, perdiendo en ese instante su condición de precursor de un lazo emocional duradero con el otro sobre la base de las cualidades intrínsecas y democráticas de un vínculo íntimo (Giddens 1992).

El romanticismo suena ahora hueco; las nuevas generaciones sucumben a la desilusión y la desesperanza. El *para toda la vida* de antaño ha sido reemplazado por *el tiempo que dure* (Verhaeghe 2001). Nos zambullimos ahora en un *mundo feliz* en el que una relación amorosa de larga duración no solo es percibida como imposible sino como algo cada vez más turbio y sospechoso. Algunos proclaman que la intimidad puede ser opresiva y, evidentemente, puede serlo si se la considera como algo estricto y cerrado. La revolución sexual de las décadas pasadas ha depositado esperanzas en el terreno de la sexualidad, lo que representa para muchos un reino potencial de libertad, no reducido por los límites de la civilización contemporánea.

Con el fin del milenio, la euforia alrededor de la respuesta científica se apaciguó, los metarrelatos cayeron y perdieron su función totalizadora, sostenida en una fantasía

que encubría las fisuras entre la realidad y lo Real. La incertidumbre produjo, entonces, el llamado a nuevos valores y a una nueva regulación y elaboración cultural del acto sexual (lo Real es aterrador y amorfo hasta que nuestro sistema cultural le impone un orden). Así, para Verhaeghe, mientras que antiguamente el acento estaba puesto en el sexo, ahora lo está sobre la seguridad: «El amor es un remedio en tiempos de soledad» (Verhaeghe 2001: 16).

Cabe preguntarnos si los cambios vinculados con la evolución de las sociedades en el terreno de la sexualidad son revolucionarios no en la superficie sino en lo profundo. Para Green, puede existir un cierto engaño en cuanto al alcance de la ruptura con el pasado:

si bien la sexualidad se manifiesta en una actualidad distinta —el sexo es ahora moneda corriente— este retorno de lo sexual por vía de lo Real sacude nuestras construcciones y nos obliga a abrir los ojos a una realidad despiadada y sublime que tiene la ventaja de poner a prueba las teorías (Green 1998: 12).

Dado que, desde el punto de vista psicoanalítico, lo que tratamos con referencia a lo sexual no se limita a lo que de ello puede mostrarse (expresiones socialmente aceptadas o marginales), lo que implica invocar no meramente su parte reprimida sino abarcar sus formas no aparentes, disfrazadas o transformadas —su presencia en expresiones culturales que lo recubren (arte) o que lo elevan a una relación privilegiada con lo sobrenatural o lo divino (la religión y lo sagrado)—, resulta consecuente permanecer dubitativos ante las afirmaciones más o menos triunfales que anuncian el fin de los obstáculos sexuales, así como el de los prejuicios.

Una actualización de la problemática de lo sexual en el psicoanálisis contemporáneo supone, más bien, poner de manifiesto las insuficiencias de aquellas concepciones de la sexualidad que tienden a desdeñar su alcance o relativizarla (Green 1998). La teoría sexual concierne, ante todo, a nuestro modo de evaluar su papel en la constitución del psiquismo y las líneas a lo largo de las cuales se construyen las organizaciones psíquicas en general. Enmarcados en este contexto, conviene una revisión de los postulados teóricos que dentro de la pluralidad psicoanalítica plantean interpretaciones divergentes de la sexualidad.

La sexualidad en el psicoanálisis ¿contemporáneo?

Es harto conocido que lo sexual, hoy más que nunca, se define por la distancia —para no decir la independencia— entre las funciones reproductivas que le asignó la evolución y la búsqueda de placer que su ejercicio le confiere en su aspecto humano (con

todo, puede haber un placer, así como un displacer, compartido o no, en procrear). He aquí un punto nodal que instaura la diferencia entre la sexualidad reproductiva y la psicosexualidad.

Al descubrir Freud la sexualidad infantil, posibilita, por un lado, la verificación de manifestaciones eróticas mucho antes de la pubertad y, por el otro, la inclusión de actividades como la oralidad y la analidad dentro del marco de la sexualidad. A partir de ahí, el catálogo de todas las zonas erógenas, de todas las pulsiones parciales y de todos los objetos parciales se enriqueció, lo que permitió la interpretación de la sexualidad en conjunción con aspectos *ocultos* más allá de lo que tradicionalmente implicaba (Green 1998).

Si el placer se reconoce ya en la primera infancia, puede decirse que la sexualidad es *el placer de los placeres*; ello sin dejar de considerar la polaridad placer-displacer que obliga a concebirlos como un par de opuestos en el que ningún término puede ser abordado sin el otro (Green 1996). De este modo, el vínculo que une sexualidad y placer constituye el fundamento de lo sexual en el psicoanálisis.

Para Freud, la sexualidad se convierte, entonces, en la base sobre la que se edifica el psiquismo, con la pulsión sexual como soporte. Lo que aparece como fondo es el conflicto:

la situación conflictiva de la sexualidad, siempre en oposición a una fuerza de condición equivalente, relevada por otros, [...] es constitutiva de la represión y del inconsciente, que sólo protegen de manera imperfecta al yo (angustia) (Green 1998: 19).

La sexualidad se instaura, así, como el motor del desarrollo psíquico, lo que atribuye al placer un alcance que no tiene precedentes en ningún sistema teórico cuyo objeto sea el hombre. Un criterio de distinción de lo propiamente humano con respecto a lo animal está constituido, precisamente, por el empuje constante de la pulsión sexual a lo largo de toda la vida.

Lo sexual, atravesado por momentos críticos y caracterizado por un modelo del desarrollo apuntalado sobre lo biológico, sufre una mutación por la intervención de lo imaginario y lleva a la constitución del deseo tanto en lo que atañe a la ausencia del objeto como a su investidura en el encuentro (Green 1998: 20).

Si la sexualidad se define como intrínsecamente conflictiva, pues en el espectro de sus manifestaciones el centro está ocupado por el principio de placer-displacer, nos preguntamos si nuestra sociedad, autodenominada ahora liberada y productora de

múltiples objetos de consumo que conllevan la promesa de placer sexual y felicidad inmediatos, pondrá fin a la búsqueda.

Ya Freud ([1908]1997) nos previno del equívoco de transformar la sexualidad en un problema de relativismo cultural, confirmando que existe cierto núcleo antagónico básicamente arraigado en el funcionamiento pulsional que no permite una satisfacción y descarga completas.

Precisamente, los cambios más importantes en el enfoque freudiano se desarrollaron en paralelo al creciente descubrimiento de los factores que se oponían al florecimiento pleno de las pulsiones eróticas. Para Green (1995), los distintos pasos de la producción teórica freudiana dan testimonio de una progresión de factores opuestos a la sexualidad más allá de la represión, que mantiene la tonalidad sexual del contenido representativo lo más lejos posible de la conciencia.

Observamos, entonces, que si bien el Yo fue considerado, en un primer momento, como antagónico respecto de la sexualidad por encontrarse del lado de los instintos de autoconservación, luego, con el concepto de narcisismo, ese mismo Yo fue llenado con esa misma libido contra la cual antes se suponía que combatía: ahora se debía evaluar el papel competitivo de la libido narcisista y la libido objetal (Green 1995).

Otras características de los atributos de la sexualidad resultaron también muy significativas. En primer lugar, sus posibilidades de mezclarse con otras tendencias que previamente parecían oponerse a ella, como es el caso de la agresión fusionada con la libido, que da lugar al sadismo y al masoquismo. Y en segundo lugar, la capacidad de la libido para sufrir transformaciones; por ejemplo, la inversión en lo contrario (Freud 1997[1915]) y la sublimación, en la que los fines sexuales de la pulsión inicial son abandonados y las catexis desexualizadas (Freud 1997[1905]).

En *Más allá del principio del placer* ([1920]1997), en lugar de las pulsiones sexuales, Freud hablará de pulsión de vida, un cambio que se tornará comprensible a través de su antítesis, la pulsión de muerte. Si los instintos de autoconservación tenían el poder de inhibir la sexualidad (su acción supone solo una limitación de la satisfacción sexual), con la pulsión de muerte el resultado es más radical: «La destrucción primitiva se dirige en primer lugar hacia adentro, si no se logra una fusión de pulsiones en una escala suficiente, la sexualidad como tal es atacada» (Green 1995: 222).

Es precisamente esta última teoría pulsional la que iniciará nuevas formas de pensamiento y serán los kleinianos sus más fervientes defensores, al otorgar a la destructividad una posición basal frente al resto de la comunidad analítica, que dudó en seguir las

especulaciones de Freud en este terreno. Se produce, a decir de algunos, una nueva metapsicología que supone la transformación del estatuto mismo de la neurosis, que pasa a ser el destino patológico específico de la función destructiva.

De acuerdo con Freud, las neurosis son las enfermedades específicas de la función sexual; según la teoría de Melanie Klein, las neurosis pueden ser llamadas las enfermedades específicas de las funciones destructivas (Hoffer 1991: 723).

La teoría de las relaciones objetales avanza, entonces, a partir del último modelo pulsional siguiendo líneas divergentes. La primera es la tendencia de M. Klein, que invoca la existencia del Objeto desde el inicio, dando más importancia a la destrucción y apartándose de la oposición freudiana entre placer y displacer, hacia otra pareja de opuestos: el Objeto bueno y el malo. Esta leve diferencia reviste, en realidad, una importancia considerable, pues orienta los principios básicos de la actividad psíquica en una dirección que se diferencia marcadamente de la hipótesis de Freud.

Para Green, está aquí en juego toda la concepción de desarrollo, específicamente en lo que concierne a las relaciones entre los estadios pregenitales y la genitalidad: «La continuidad queda justificada, pero se utiliza ahora esta continuidad para remontarse sistemáticamente a la relación mamaria original» (Green 1998: 32).¹

La idea de una relación objetal que comienza al inicio de la vida eleva al pecho a una posición suprema; se modifica, entonces, profundamente la teoría sexual infantil de Freud, ya que el desarrollo libidinal (recordemos que en Freud este conoce una primera culminación en la organización edípica)² queda remitido prioritariamente a la oralidad, y se reconoce la importancia de esta fase primera de desarrollo, mientras que

¹ Se podría discrepar de esta idea si se considera que, para Klein, los impulsos genitales están activos desde el comienzo y adquieren especial importancia al alcanzarse la posición depresiva, alrededor del primer año de vida. Así se sustenta la concepción de un complejo de Edipo temprano y, por otra parte, pierde fuerza la concepción freudiana de una sucesión lineal y biológicamente determinada de las diferentes fases libidinales. Toma su lugar la idea de un polimorfismo fluctuante en el que predominan, sucesiva y alternadamente, los diferentes erotismos: oral, anal, uretral y genital (Gioia 1975; Del Valle 1986).

² En la teoría kleiniana, el complejo de Edipo parece conservar el papel fundamental y organizador que Freud le asignó para la estructuración del psiquismo. Sin embargo, en muchos aspectos el concepto ha experimentado, en Klein y continuadores, sustanciales modificaciones que se refieren a sus alcances en el contexto de la teoría, a su forma y momento de origen, a los contenidos de las fantasías que lo integran, y a las relaciones que mantiene en sus vicisitudes con los conceptos que sustentan la hipótesis de la ansiedad de castración. Cabe, entonces, preguntarse si el complejo de Edipo temprano constituye un precursor del complejo de Edipo freudiano o un núcleo organizativo distinto y no compatible con la teoría clásica.

las otras fases son consideradas emanaciones que, apenas se les da la ocasión, no tardan en reunirse con un contingente de origen (Green 1998).

Al parecer, la totalidad de la experiencia sexual apunta a encontrar un pecho plenamente satisfactorio, lo cual no solo resulta interpretable como un modelo de referencia a fijaciones anteriores sino como una negación de la diferencia de los sexos: a partir de ahí, el pene es considerado como un órgano de entrega y alimentación; en otras palabras, un pecho.³

El papel de la relación sexual parecería ser, entonces, alimentar o nutrir, no alcanzar el éxtasis en el goce mutuo.⁴ ¿Qué encontramos al final en la teoría de Klein sobre la primera relación objetal? El pecho como objeto bueno o malo, fijación oral inmanejable o, por lo menos, inigualada; los instintos destructivos provocando angustia y los instintos eróticos como meras defensas.⁵

Se produce frente a esto una alteración del significado y conceptualización de la sexualidad que se traduce en la lectura de los síntomas observables en los conflictos de personalidad *borderline* y en la psicopatología del narcisista o de estructuras no neuróticas. Se piensa que, a menudo, dichos pacientes sufren regresiones que van mucho más allá de la fijación edípica y genital, retrocediendo a fases pregenitales muy anteriores.⁶ La conclusión *penosa*, a decir de Green, es la siguiente: «Al ser la posición anal, oral o, en otras terminologías, las posiciones depresivas más antiguas o paranoides, se las considera como más importantes» (Green 1995: 224).

³ Recordemos, sin embargo, que para Klein, el niño y la niña saben inconscientemente, desde el comienzo de su vida, de la existencia del pene paterno y de la vagina materna, conocimiento que surge de las propias sensaciones genitales. Motivados por las gratificaciones y frustraciones e impulsados por la ansiedad persecutoria, tanto el varón como la mujer se dirigen a un objeto capaz de proporcionar placer y protección. El pene paterno integra con el pecho la pareja de objetos primarios parciales destinatarios, en ambos sexos, de los deseos primordialmente orales, pero a los que se suman, cada vez en mayor medida, pulsiones anales, uretrales y genitales (Del Valle 1986). Siguiendo esta lógica, solo en términos de la posición esquizoparanoide y de objetos parciales se podría hablar, según entiendo, de un pene-pecho.

⁴ A mi parecer, el goce mutuo puede ser entendido desde Klein como un logro psíquico que se alcanza, al menos si hablamos en términos de precursores, con la integración objetal en la posición depresiva, que implica, incluso, una primacía de lo genital sobre lo oral.

⁵ Se entiende que la defensa se organiza frente a impulsos destructivos muy intensos.

⁶ Klein y su escuela sostienen que las dificultades y alteraciones de la función genital enraízan sus motivaciones en la insuficiente elaboración de las ansiedades correspondientes a las etapas previas al predominio de los impulsos y fantasías genitales. La etapa pregenital, no obstante, corresponde a la posición esquizoparanoide, la cual se da alrededor de los primeros seis meses de edad (Del Valle 1986).

Probablemente, por ser ahora tan frecuentes características clínicas como la incapacidad para satisfacer la necesidad de tranquilidad, equilibrio emocional y seguridad interior, se da por sentado que dichos síntomas se explican mejor en términos del modelo kleiniano o de relaciones objetales, entendiéndose por ello que tienen poco que ver con la sexualidad. Esta afirmación es un tanto absolutista si consideramos la descripción del mundo fantasmático, ansiedades y defensas vinculadas al complejo de Edipo temprano kleiniano, que continúan actuantes y eficaces en el inconsciente durante toda la vida del sujeto. Así lo reconoce Gioia (1975) cuando resalta que las fantasías primarias orales y anales de penetrar en el cuerpo materno para apoderarse de sus contenidos valiosos y envidiados (leche, bebés, heces idealizadas y pene paterno, que, se supone, se encuentra dentro del vientre materno), bajo el predominio de la relación objetal total, los fines genitales y la relación triangular con los padres, suman a las vivencias voraces y envidiosas los celos que las encubren y modifican, y se constituyen en la base de fantasías cuyos contenidos predominantes giran en torno a la escena primaria y a la amenaza de castración.

Esta posición no está muy lejos de las teorías de autores posteriores que intentan reunir los factores enlazados a la sexualidad y al objeto en una caracterización común. Así, es legítimo considerar las descripciones de M. Bouvet (Green 1998) sobre las estructuras pregenitales en las que dominan las fijaciones orales y anales, lo que permite tender un puente entre neurosis y casos fronterizos en una teoría de conjunto que, más que implicar un descentramiento del complejo de castración surgido en la fase fálica, supone aplicarle ciertos acomodos (se hablará, así, de castración anal y hasta de castración oral).⁷ Con un discurso distinto pero convergente, Joyce McDougall (1995) hablará de sexualidad arcaica adictiva o de neosexualidades, reveladoras una y otras del carácter potencialmente traumático de la sexualidad humana.⁸

Si bien, de una manera general, estas distinciones de la teoría clásica pueden ser entendidas como un cambio de paradigma, ello no supone que no conserven un

⁷ Los analistas clásicos expresarán, sin embargo, reservas sobre este «híbrido».

⁸ El reconocimiento del Otro, en tanto objeto separado de sí mismo, crea un estado de amor-odio que constituye el sustrato de todas las formas de sexualidad adulta. Junto con ello, la bisexualidad psíquica y la escena primitiva constituyen los factores de base de la organización precoz de la estructura psico-sexual y dejan su rastro en una sexualidad arcaica que sobrepasa la conceptualización genital freudiana al construirse alrededor de fantasmas pregenitales orales y anales, con temor a la pérdida de identidad o a la pérdida de los límites del cuerpo. La sexualidad arcaica, mixtura fusionada de la libido y lo mórbido, supone una tensión que empuja hacia una búsqueda perpetua de resolución de conflictos, constituyéndose así en el fundamento de todas las formas de sexualidad (McDougall 1995).

lugar importante para la sexualidad. Es justo señalar que algunos sectores de la psicopatología sexual fueron ignorados o poco trabajados por Freud, pues el que la sexualidad esté allí desde el principio no quiere decir que tome en seguida la forma que conocemos en la neurosis. Así, el recurso a lo arcaico no significa ausencia de lo sexual —esto nos remite, nuevamente, a la confusión entre sexual y genital—, sino que abre perspectivas hacia una sexualidad como producto de un Ello-Yo poco o mal diferenciado, con una intrincación mal realizada entre pulsiones sexuales y pulsiones destructivas. Aquí sexualidad y Yo se oponen menos de lo que se implican uno a otro de manera complementaria.

Megaoferta teórica, megaoferta sexual: ¿ampliación o restricción?

El psicoanálisis contemporáneo vive aún los *impasses* resultantes del debate entre los partidarios de la teoría pulsional, que continúa la línea freudiana, y los de la teoría de las relaciones de objeto, que se remontan a M. Klein (remanentes de las controversias entre Freud y Klein, 1941-1945). Hoy se hace evidente el modo en que Klein reinterpretó la sexualidad fálica y genital a la luz de fijaciones orales que remiten a la relación con el pecho-pene, lo que significó una profunda modificación de las concepciones de Freud y sus epígonos. No obstante, en términos generales, puede sostenerse que la comunidad analítica reconoció, después de Freud, la importancia de la posición depresiva.

Sin embargo, resulta oportuno señalar que esta «disidencia» representó los comienzos de una transición gradual del psicoanálisis: «De ser —al menos en apariencia— una estructura teórica acabadamente unificada, desarrollada alrededor de la creación intelectual de Sigmund Freud, pasó a la diversidad teórica que observamos en el psicoanálisis actual» (Wallerstein 1988: 3).

Por supuesto, todo esto crea dilemas y cuestionamientos. Vivir el pluralismo del psicoanálisis puede suscitar lo que Cooper (1984) llamó *límites porosos* dentro del campo psicoanalítico, al mismo tiempo que hace más difícil intentar definir el psicoanálisis *silvestre*. Schafer (1985) lo expresa claramente cuando plantea que, en la actualidad, con las concepciones pluralistas, los diversos enfoques y modelos de la mente, lo que sería un análisis convencional dentro de un enfoque bien puede ser silvestre dentro de otro. Así, la multiplicidad entendida como multiplicación de escisiones puede conducir a la fragmentación.

Desde otra óptica, Sandler (1983) señala la tendencia a considerar las ideas de Freud como el centro de la teoría existente, y los desarrollos posteriores *aceptables*

como extensiones y adiciones consistentes con el pensamiento freudiano. Aquellos que piensan en estos términos, cuando manifiestan su desacuerdo con otros autores, lo hacen en términos de que han malentendido, malinterpretado o aplicado mal a Freud, y volverán a los escritos de este en busca de las evidencias que apoyarán sus propias ideas.

La dialéctica surge entre mantener la unidad teórica del psicoanálisis mediante la marginación de aquellos cuyas propuestas teóricas nuevas, independientemente de su valor potencial, parecen estar asociadas con una dilución de los conceptos psicoanalíticos centrales y, como contrapartida, el esfuerzo de acomodar perspectivas teóricas divergentes dentro de un marco definitorio global más elástico para el psicoanálisis.

La pluralidad teórica remite quizás a la heterogeneidad del psiquismo, formado por materiales que pertenecen a sistemas múltiples de representación (representantes psíquicos, pulsiones, afectos, representantes de cosa, representantes de palabra, representantes de la realidad, etcétera). A ello se refiere Green (1996) cuando plantea que no hay mayores posibilidades de alcanzar, por ejemplo, una concepción unificadora del objeto, pues siempre hay más de un objeto.

Qué decir, entonces, acerca de las concepciones de la sexualidad, en las que se deben reconocer las diferencias culturales, su potencial transformador como constituyente e incitador poderoso del funcionamiento psíquico y estímulo extraordinario para todo tipo de construcciones imaginativas y míticas. Como bien señala Braun (1998), en el contexto social en que nació el psicoanálisis, las leyes se enunciaban por el no y establecían la prohibición de gozar, mientras que en la actualidad se pregona el sí como obligación para gozar. Los discursos y prácticas de aquellos tiempos que, a manera de ordenadores simbólicos, instituyeron una sexualidad que exaltaba la virginidad prematrimonial, el matrimonio y la maternidad, valorando la necesidad de separar el placer sexual de la procreación, configuraron tipos de mujeres y de hombres con determinadas características: la esposa procreadora, la virgen, la prostituta, la adúltera, el buen burgués con una doble vida encubierta pero aceptada socialmente, el padre de familia con un fuerte control sobre su esposa e hijos, etcétera. En la actualidad, lo vergonzante es ser virgen y no consumir placer sexual; también se han desplazado los límites entre lo público y lo privado, así como las marcas de la diferencia generacional relacionadas con las prácticas sexuales. Padres e hijos comparten, por lo tanto, una sexualidad pública con oportunidades masivas para el consumo sexual.⁹

⁹ A esta realidad la llamamos, siguiendo a Braun (1998), «megaoferta sexual».

Estas consideraciones nos llevan a cuestionar la definición clásica de sexualidad, pues entendemos que el concepto debe ser revaluado atendiendo a aquellos elementos sociales y culturales que participan en su constitución e impregnan la mente, sin caer en un relativismo cultural. Darle un estatus psicoanalítico a la realidad social y articularla con la realidad psíquica (entendidas ambas de distintos modos por diferentes escuelas y autores psicoanalíticos) supone erigir la sexualidad como núcleo fundante de una mente atada al cuerpo y vinculada con objetos, inmersa en una cultura.

No se pueden negar los cambios producidos en las escenas en las que se juega la sexualización de los sujetos, en la articulación entre lo público y lo privado,

donde la proliferación de posibilidades de consumo sexual plantea una elección de objeto con predominio de la oferta en desmedro de una elección proveniente del deseo, produciendo una modalidad de alienación que sustituye lo que debiera ser un discriminado proceso de subjetivización (Braun 1998). Frente a este panorama, cabe considerar el pluralismo de perspectivas teóricas psicoanalíticas como una variedad de simbolismos o metáforas que procuran aprehender y dar cuenta de nuestros aspectos incognoscibles inconscientes.¹⁰

Resta, entonces, encontrar un medio capaz de integrar las ideas surgidas en los desarrollos conceptuales posteriores a Freud (en especial, las ideas de Klein y Winnicott a partir de la concepción freudiana de desarrollo libidinal), lo que sugiere una profunda reinterpretación de la noción de sexualidad en Freud, en particular de la oralidad y de la pregenitalidad en general, desde una perspectiva en la que sea imposible considerar de forma separada las pulsiones solas o el Objeto. Se podría pensar, entonces, en una relación alterna entre las pulsiones sexuales y destructivas, por una parte, y los objetos parciales y totales, por otra, considerando que, en la medida en que entra en juego una relación de amor, el Objeto no puede ser un Objeto parcial. En este contexto, las regresiones no solo conducirán al odio y a la destrucción sino también al predominio de objetos parciales. Siguiendo a Green (1996), quizás es hora de que el psicoanálisis contemporáneo reconsidere las relaciones del par pulsión-objeto.

¹⁰ Asumirlo así garantiza establecer una distancia entre la pluralidad teórica y lo que sería una «mega-oferta teórica», considerando el sentido en que se ha venido utilizando este término.

Referencias bibliográficas

- BRAUN, J.
1998 «Mega-oferta: ¿ampliación o restricción de la sexualidad?». *Revista de Psicoanálisis de la Asociación de Psicoanalistas Argentinos* 55, 3, pp. 679-686.
- COOPER, A.
1984 «Psychoanalysis at One Hundred Years: Beginnings of Maturity». *Journal of American Psychoanalysis* 32, pp. 245-267.
- DEL VALLE, E.
1986 *La obra de Melanie Klein*, vol. II. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- FREUD, S.
[1905]1997 *Tres ensayos para una teoría sexual*. En *Obras completas*. Vol. II. Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 1169-1237.
[1908]1997 *La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna*. En *Obras completas*. Vol. II. Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 1249-1261.
[1915]1997 *Los instintos y sus destinos*. En *Obras completas*. Vol. II. Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 2039-2052.
[1920]1997 *Más allá del principio del placer*. En *Obras completas*. Vol. III. Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 2507-2541.
- GIDDENS, A.
1992 *La transformación de la intimidad: sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Cátedra.
- GIOIA, T.
1975 «El complejo de Edipo en la teoría kleiniana: estudio comparativo con las ideas de Freud». *Revista de Psicoanálisis de la Asociación de Psicoanalistas Argentinos* 32, 4, pp. 767-806.
- GREEN, A.
1995 «¿Tiene la sexualidad algo que ver con el psicoanálisis?». *Libro Anual de Psicoanálisis* 11. Lima: Imago, pp. 221-233.
1996 «Apertura para una discusión en el psicoanálisis contemporáneo». *Revista de Psicoanálisis de la Asociación de Psicoanalistas Argentinos* 53, 3, pp. 669-676.
1998 *Las cadenas de Eros*. Buenos Aires: Amorrortu.

HOFFER, W.

1991 «Discussion on Dr. P. Heimann's and Mrs. S. Isaacs' Paper on «Regression»». En P. King y R. Steiner (eds.). *The Freud-Klein Controversies (1941-1945)*. Londres-Nueva York: Routledge, pp. 720-724.

McDOUGALL, J.

1995 *Las mil y una caras de Eros. La sexualidad humana en busca de soluciones*. Buenos Aires: Amorrortu.

PANCEIRA, A.

1997 *Clínica psicoanalítica. A partir de la obra de Winnicott*. Buenos Aires: Lumen.

SANDLER, J.

1983 «Reflections on Some Relations between Psychoanalytic Concepts and Psychoanalytic Practice». *International Journal of Psychoanalysis* 64, pp. 35-45.

SCHAFER, R.

1985 «Wild Analysis». *Journal of American Psychoanalysis* 33, pp. 275-299.

VERHAEGHE, P.

2001 *El amor en los tiempos de la soledad: tres ensayos sobre el deseo y la pulsión*. Buenos Aires: Paidós.

WALLERSTEIN, R.

1988 «¿Un psicoanálisis o muchos?». *Libro Anual del Psicoanálisis*. Lima: Imago, pp. 1-15.